

me en el exterior y continuaba siendo la primera potencia militar del continente, con buenas fronteras por todos lados, libre de aislamiento político y resuelta y dispuesta á mantener su gran posición en todas las cuestiones europeas.

El imperio alemán salió de la guerra de diez años sin que su situación hubiera sufrido modificaciones esenciales: había llegado á vislumbrar la posibilidad de conseguir importantes ventajas nacionales en la frontera occidental, pero por culpas propias y ajenas vió defraudadas sus esperanzas. La guerra no había podido acabar con el dualismo impotente del cuerpo del Imperio considerado como un todo. Aliados con los Estados más ricos del mundo, los Estados imperiales alemanes más fuertes desde el punto de vista militar, pero pobres y necesitados de dinero, no habían sido en el fondo sino potencias auxiliares que facilitaban tropas y exigían subsidios y combatían en pro de los intereses de los aliados extranjeros y de la casa imperial de los Habsburgos. La misma Prusia, cuyas armas tanta gloria habían conquistado en la guerra de sucesión, no había logrado ocupar una categoría elevada en el terreno de la política. Los grandes intereses políticos de aquel reino recientemente creado estaban en la crisis del Norte y desde el momento en que, como con razón se ha dicho, el rey Federico I hacía en el Norte política sin ejército y en el Oeste la guerra sin política, no eran de esperar grandes triunfos políticos. Neufchatel y Güeldres no podían ser consideradas como adquisiciones beneficiosas para Prusia ni para los intereses generales alemanes, y su importancia no era en verdad proporcionada á los esfuerzos que para obtenerlas se emplearon. Prusia no recuperó su importancia política hasta que el rey Federico Guillermo I retiró sus regimientos de Bélgica y de Italia para llevarlos al Báltico.

Del mismo modo que los de Prusia, los intereses predominantes en los otros grandes Estados alemanes distaban mucho, en el fondo, de estar enlazados con la cuestión de la sucesión española. Sajonia debía buscar su provecho en las complicaciones sueco-polaco-rusas, y la política de la casa de Hannover estaba determinada por la atención que había de consagrar á los vecinos territorios sueco-alemanes y por la sucesión al trono de Inglaterra. Únicamente la casa de Wittelsbach había entrado en la lucha por la herencia de los Habsburgos como potencia activamente interesada, y ya hemos visto cuánto hubo de costarle evitar su total ruina y cómo hubo de considerarse dichosa con poder recobrar sus antiguos dominios y su anterior situación en el Imperio. En cuanto á los demás Estados de la Alta Alemania situados al Sudoeste del Imperio, si bien es cierto que habían relacionado con la guerra contra Francia legítimos intereses, la paz no mejoró en nada sus respectivas sucesiones: los holandeses habían conseguido su *barrera* contra Francia, pero la Alta Alemania no pudo lograr la que había esperado y de la cual debían formar parte Estrasburgo y Alsacia, de suerte que las posiciones de ataque de los franceses en el alto Rhin continuaban siendo casi tan fuertes como antes: es más, la plaza de Landau había pasado á poder de Francia. En vista de esto y con objeto de proporcionarse siquiera la defensa más

indispensable fué preciso acudir á los antiguos recursos, y en su consecuencia en 1714 renovóse, hasta para el tiempo de paz, la Asociación de los círculos germánicos anteriores (1).

La que salió más beneficiada fué la casa imperial de los Habsburgos, cuya suerte había ido prosperando constantemente, en medio de frecuentes apuros y necesidades, desde el año 1683. La paz de Baden había redondeado su posición como gran potencia. Del antiguo territorio interior conocido con el nombre de Austria había surgido un Estado que por sus costas belgas confinaba con el Océano occidental, que dominaba en Lombardía, que parecía llamado á tomar desde Cerdeña y Nápoles parte activa y provechosa en la vida de los Estados del Mediterráneo y que no pensaba haber llegado al término de sus adquisiciones en Italia. Dió su fuerza principal al nuevo Estado la firme posesión de Hungría: dos siglos de inmensos sacrificios había costado el consolidarse lenta y trabajosamente en aquel país; pero á la sazón comenzaba á recoger los frutos de sus trabajos. En otro tiempo, dice Ranke, los ejércitos alemanes eran los que hacían todas las guerras en Hungría y decláse que todos los ríos de aquel territorio estaban teñidos de sangre alemana; «pero ahora los húngaros forman el núcleo de los ejércitos austriacos en las guerras alemanas (2).»

Todos estos antiguos y nuevos elementos de poder agrupábanse alrededor de la venerable institución del imperio alemán que coronaba el edificio político por ellos formado. ¡Cuántas tentativas se habían hecho desde Carlos V para arrebatar esta dignidad á la casa de Habsburgo! Todas, sin embargo, habían fracasado y la nación había tenido que reconocer una y otra vez que el Imperio de los Habsburgos era, si no la mejor, por lo menos la única solución posible y estable.

¿Qué sucedería á la sazón ante las gigantescas proporciones que había alcanzado la posición universal de aquel Imperio? ¿Se contentaría este con el poder limitado que dentro de Alemania le habían señalado los últimos acontecimientos? ¿Resucitarían bajo el gobierno de un emperador que reinaba en Milan y en Nápoles los antiguos y olvidados ideales imperiales del tiempo de los Staufen, de los que solo calamidades podían esperarse?

Por primera vez entonces, es decir, después de la paz de Utrecht, estaba justificada la pregunta de si la monarquía habsburgo-austriaca era realmente un Estado alemán.

La cuestión del porvenir estribaba en ver si la nueva Austria se mostraría apta para conservar la posición conquistada y sacar de ella todas las condiciones posibles, ó si encontraría en su camino resistencias que le fuera imposible vencer.

¡Cuán á menudo se asocia á toda previsión y á todo cálculo lo absolutamente imprevisto, la voluntad ciega del acaso! En 1713 se concluía la paz de Utrecht y en el propio año firmaba Carlos VI la Pragmática Sanción ante la posibilidad de la extinción de su línea directa.

(1) Kopp: obra citada, pág. 302.

(2) Ranke, fragmento «las grandes potencias.» Obras, tomo XXIV, página 16.

## LIBRO SÉPTIMO

### CAPÍTULO PRIMERO

#### LA GUERRA DEL NORTE Y EL REY FEDERICO I DE PRUSIA

Dos grupos del sistema de Estados de Europa habían sufrido, al comenzar el siglo, violentos cambios y conmociones: los del Oeste y del Sur á consecuencia de la lucha por la herencia española, y los del Este y del Norte por efecto de la guerra de la coalición septentrional contra Suecia.

El fenómeno extraño de que las dos grandes crisis se desarrollaran paralelamente durante diez años sin que ninguna influyera directamente en la otra ó sin que ambas se fundieran en una sola guerra universal, tiene su principal explicación, no en la distancia que mediaba entre los lugares en que cada una se desenvolvía, ni tampoco en la diversidad de intereses que en una y otra entraban en juego, sino más bien en un hecho completamente opuesto. En efecto, todas las potencias que unas enfrente ó al lado de otras figuraban en la gran guerra del Oeste de Europa estaban vivamente interesadas en los sucesos que acaecían en los campos de batalla del Norte. En otro capítulo de esta obra hemos hecho notar la importancia que desde el punto de vista mercantil tenían para Holanda é Inglaterra el mar Báltico y los territorios por él bañados. La política francesa, por otra parte, seguía con vivísimo interés el curso de los sucesos en Polonia y en los países del Báltico, y entre las grandes potencias alemanas, lo mismo el emperador que Prusia y Hannover veíanse precisados por el más natural encadenamiento de las cosas á interesarse en todos los movimientos de la política septentrional, ya para prevenirse contra daños posibles, ya para aprovecharse de las ventajas que allí se ofrecieran.

Si todas estas naciones habían dejado que los asuntos del Norte siguieran su propio curso sin intentar influir en él con una parte de sus fuerzas, debían esto á la ejecución, por parte de las grandes potencias, de un plan político de operaciones perfectamente meditado. La misión que la guerra de sucesión española imponía á los aliados exigía la más absoluta concentración de todos los elementos de lucha para conseguir el fin militar que se proponían. Inglaterra y Holanda no tenían escuadras que enviar al Báltico, y el emperador, por lo mismo que guerreaba en España y en Italia, en Bélgica y en el Rhin y además tenía que refrenar á los húngaros, no podía lanzarse al peligro de una guerra sueca ó rusa ni mezclarse en los disturbios polacos y bálticos. Estas potencias, en vista de que no les era dado impedir la guerra en el Norte, se esforzaban para que por lo menos se localizara y procuraban evitar en todo lo posible que aquella lucha con sus complicaciones perturbara la acción de la Gran Alianza y dividiera sus fuerzas. De aquí el afán con que los diplomáticos ingleses y holandeses trabajaban para evitar que Prusia y Hannover se mezclaran ni poco ni mucho en los asuntos del Norte: Inglaterra y Holanda no querían verse privadas de las

excelentes tropas de aquellos Estados alemanes y para ello era preciso que ni Prusia ni Hannover tuvieran que llamar sus fuerzas á sus propios territorios. Esto explica la ansiedad que en los hombres de Estado produjo el movimiento de avance de Carlos XII hacia el electorado de Sajonia: si Suecia y Francia renovaban su antigua unión militar, la situación del mundo cambiaba de repente; la Gran Alianza solo podía esperar el logro de sus fines mientras Francia permaneciese aislada y la guerra del Norte localizada.

Y en general habíase conseguido efectivamente mantener la deseada separación, á pesar de los esfuerzos que en contra hizo la diplomacia francesa: Prusia y Hannover renunciaron á representar un papel activo en las complicaciones sueco-polaco-rusas, y aunque Inglaterra seguía con tanta atención como disgusto y suspicacia los progresos del poderío ruso en el Báltico, no por esto abandonó un momento su actitud reservada (1).

La ruina del poder militar de Suecia en Pultava, en julio de 1709, fué la señal de un nuevo recrudescimiento de la crisis del Norte, pues inmediatamente los antiguos enemigos de aquella nación renovaron su alianza guerrera. Augusto II de Sajonia-Polonia, violando infamemente el tratado, publicó un manifiesto en el que solemnemente declaraba que se desdecía de la paz de Alt-Ranstatt: aquel príncipe había renovado poco antes, en 28 de junio de 1709, la alianza de 1699 con el rey Federico de Dinamarca y algún tiempo después avistóse personalmente en Thorn con Pedro de Rusia y restableció con este la antigua alianza contra Suecia (9 de octubre de 1709). Los nuevos aliados no consiguieron que la corte de Berlín se les uniera y el elector Jorge Luis de Hannover también se mantuvo firme en la opinión de que en interés de la guerra contra Francia no debía la del Norte extenderse por el territorio alemán ni por las provincias sueco-alemanas. Pero la antigua coalición de 1699 contra Suecia resucitó más poderosa y dispuesta á la lucha que antes; y mientras Carlos XII permanecía en Bessarabia, en enigmático destierro voluntario, y su protegido Estanislao abandonaba el reino y la corona de Polonia y huía hacia Pommerania; mientras el rey Augusto II se apoderaba nuevamente del trono polaco, y Federico de Dinamarca se apercebía á un gran ataque contra Suecia, en Schonen y desde Noruega, al frente de todos ellos se destacaba con toda la superioridad de su poder y de su consideración el victorioso czar moscovita que se disponía por un lado á completar la conquista de Livonia, por otro á llevar sus armas á Finlandia y en todas partes á sentar para siempre su planta.

Cada día era más inminente el peligro de que la Alemania septentrional se viera obligada por una ú otra parte á abandonar la neutralidad tan cuidadosamente conservada. En la frontera de la Nueva Marca había tropas rusas, y el ejército sueco mandado por el general Krassow habíase re-

(1) Bruckner: *Pedro el Grande*, pág. 426.

tirado de Polonia á la Pomerania Citerior y pensaba volver á avanzar pronto con nuevos refuerzos. Esto sentado, ¿qué había de suceder si estas fuerzas enemigas se encontraban en territorio prusiano ó si rusos y polacos iban á buscar á sus adversarios, los suecos, en la Pomerania Citerior? La corte de Berlin vacilaba incesantemente, en sus deseos y resoluciones, entre ambos polos. El rey Federico I manifestó durante algun tiempo muy dispuesto á separarse de las potencias occidentales y de la Gran Alianza, á llamar á sus tropas y á exigir, puesto al frente de ellas, la posicion que á Prusia correspondia entre las potencias beligerantes del Norte; pero en seguida surgia, en contra de estas disposiciones, la consideracion de que, dado lo exhausto que se hallaba el tesoro, era imposible de todo punto sostener en Prusia un gran ejército sin los subsidios ingleses y holandeses. Federico I, esperando llegar á una inteligencia con el czar, acariciaba algunos planes quiméricos que tendian á un reparto de Polonia entre Rusia, Prusia y el rey Augusto II, reparto en el cual se le adjudicaria la Prusia occidental y Samogicia y quizás tambien una expectativa sobre Curlandia, realizándose de esta suerte un deseo muy á menudo expresado. Pero ¿cómo hubiera podido llevar á cabo este programa una «política sin ejército?» De aquí que ni en Varsovia ni en San Petersburgo se aceptaran las proposiciones de Prusia (1). En una entrevista que celebraron Federico y el czar en Marienwerder (octubre de 1709), este último declaró el proyecto prusiano sencillamente «impracticable.» Mientras Prusia permaneció sin el ejército necesario, el poderoso moscovita fué el único dueño de la situacion en el Norte.

Así estaban las cosas cuando la política de la Gran Alianza hizo una nueva tentativa para evitar, por medio de una proposicion de paz hecha dictatorialmente, que la guerra del Norte se extendiera, como amenazaba, por el territorio alemán. Al mismo tiempo que comenzaron en Gertruydenberg aquellas inútiles negociaciones de paz con Luis XIV que antes hemos descrito (2), los embajadores imperiales, ingleses y holandeses firmaron en El Haya un convenio (31 de marzo de 1710) por virtud del cual dispusieron, en interés de su guerra contra Francia, que las posesiones suecas en Alemania fuesen consideradas neutrales y que Suecia no fuese en ellas atacada ni pudiese hostilizar desde ellas á sus enemigos del Norte (3). Era ésta una intervencion diplomática bastante violenta en favor de la paz del Imperio germánico que en aquellos momentos no desagradaba á ninguno de los que en ella tomaron parte: la Dieta imperial dió su conformidad; Prusia había hecho ya en El Haya igual proposicion; el czar Pedro deseaba, en el caso de que se dificultara el poderío militar de Suecia, suscitar á esta potencia obstáculos en sus campañas de Livonia y Finlandia; por su parte los daneses encontraban ventajoso para ellos verse protegidos contra cualquiera diversion de Suecia desde

(1) Sobre este descabellado proyecto de reparticion acariciado por Prusia y por el cual se interesó vivamente Federico en persona, véanse los documentos tomados de los archivos é insertos en Droysen, tomo IV, página 284. En aquel proyecto se asignaba á Rusia la adquisicion de Livonia y de una parte de Lituania; á Austria se la contentaba con la cesion de las ciudades del Zips, á los holandeses con garantías comerciales proporcionadas; además Rusia debía ayudar á arrojar á los suecos de Pommerania. Droysen ha sido el primero en demostrar que este plan de reparticion nació de los prusianos y no de los rusos como hasta entonces se había creído.

(2) Véase mas arriba.

(3) Dumont: *Corps univ. diplom.*, tomo VIII, pág. 249: «ne... quidquam agatur sive revocando copias sive alio quocumque modo, quod rationibus et commodis federatorum contra Galliam belligerantium nocuum sit.» Además de las provincias sueco-alemanas se declararon territorios neutrales los territorios daneses de Schleswig y Jutlandia.

Pommerania, mientras atacaban á Schonen, y el mismo gobierno sueco de Estocolmo se mostró al principio dispuesto á aceptar el convenio de El Haya que aseguraba de todo ataque á los territorios pommeranos y bremenses. Parecia, pues, garantizada la tranquilidad de la Alemania del Norte, y el rey Federico de Prusia hizo nuevamente al príncipe Eugenio, que se presentó en Berlin, la consoladora promesa de que las tropas prusianas no serian retiradas de Bélgica ni de Italia durante la próxima campaña.

Pero todo este edificio descansaba sobre cimientos poco sólidos. En un segundo convenio firmado en El Haya en 4 de mayo de 1710, los aliados añadieron al anterior la condicion de que para mantener la neutralidad estipulada se estableceria en la Alemania del Norte un cuerpo de observacion compuesto de varios contingentes.

Pero cuando se trató de ejecutar lo convenido, surgieron como de costumbre las dificultades, pues apenas tuvo Carlos XII noticia de este segundo convenio del Haya, apresuró desde Bender á protestar enérgicamente de aquella hostilidad contra Suecia que se pretendia ocultar bajo la máscara de la neutralidad (30 noviembre 1710), y se mostró resuelto á emprender con todas sus fuerzas la nueva lucha contra su antiguo adversario y á no dejarse contener por nada.

Precisamente entonces estalló, bien inoportunamente para el czar Pedro, la guerra ruso-turca de 1711 que parecia ofrecer al fugitivo rey de Suecia las mas halagüeñas perspectivas, y se produjo aquella situacion tan conocida en la que el czar, cercado con su ejército por los turcos en el Pruth, solo pudo escapar de una completa ruina ó de una capitulacion vergonzosa gracias á la cobardía de los turcos y gracias tambien á la corruptibilidad del gran visir, que fué por aquel hábilmente explotada. En las negociaciones para la paz el emisario ruso estaba facultado hasta para ofrecer, si era preciso, la renuncia á Livonia (4), con lo cual una victoria conseguida por los turcos en el Pruth habria conquistado para Carlos XII la antigua provincia sueca del Báltico; pero la exigencia por Pedro tan temida no fué formulada por el general turco, el cual se contentó, en el tratado de 12 de julio de 1711, con la devolucion de Azof y la demolicion de Taganrog. La diplomacia turca aprovechó aquella ocasion favorable para alejar nuevamente á Rusia del mar Negro, pero sus miradas no llegaron hasta las costas del Báltico, y Carlos XII no llegó á tiempo de procurar que al firmarse la paz se tuvieran en cuenta sus intereses.

Gracias á estas circunstancias, el episodio de la guerra turca no tuvo en el curso de la crisis del Norte la influencia que habria podido tener si los enemigos de Rusia hubieran sabido aprovecharse mejor de aquella coyuntura. Entretanto, otros ejércitos rusos habían conseguido algunos triunfos en el Norte.

En junio de 1710, el general Apraxin se apoderó de Wiborg, «la almohada» de San Petersburgo; la mayor parte de Finlandia fué ocupada, y mientras tales éxitos conseguia el ejército de tierra, la nueva escuadra rusa lograba, en lucha con la sueca, quedar en posesion del mar. No menos afortunados eran los rusos en la guerra de Livonia: en su poder cayeron durante el verano Riga, Revel y otras plazas, donde se instalaron como señores sin cuidarse para nada, al parecer, de la promesa consignada en los anteriores tratados, en virtud de la cual Livonia se cedia á Polonia como botin de guerra. Solo en un lugar fué la suerte favorable á los suecos: los daneses continuaron siendo tan desgraciados como de costumbre y su ataque contra la península de Schonen fracasó por completo.

(4) Bruckner: *Pedro el Grande*, pág. 467.

Cuando fué conocida la violenta declaracion de Carlos XII rechazando el acta de neutralidad de El Haya, vióse cada vez mas claramente que la neutralidad de la Alemania del Norte no podia ser muy duradera: el proyectado ejército que debía garantizarla no llegó á constituirse, y en cuanto quedó felizmente terminada la crisis del Pruth, los aliados del Norte no vacilaron en emprender su movimiento de avance por

los territorios suecos del Imperio. En agosto de 1711, un cuerpo de 24.000 hombres compuesto de rusos, sajones y polacos atravesó el territorio prusiano y avanzó sobre Mecklemburgo, donde se reunió con una division danesa, comenzando el sitio de Stralsund y Wismar, el cual por falta de infantería y de artillería hubo de limitarse á un simple cerco de ambas plazas,



El rey Federico I de Prusia. Facsímile reducido del grabado de H. J. Otto

Con ello la política de la Gran Alianza rompía con la tradicion hasta entonces seguida de mantener en estado de paz á la Alemania del Norte, y sucedió esto mientras el Imperio, á la muerte de José I, se encontraba sin emperador y el rey sajón de Polonia, Augusto, era oficialmente vicario imperial en la Alemania del Norte. Cuando en octubre fué elegido emperador Carlos VI, ni este ni los gobernantes de Inglaterra pudieron pensar en deshacer lo hecho. Los rusos y los polacos acampaban en Mecklemburgo y en Pommerania, y aun cuando no podian apoderarse de ninguna plaza fuerte por haber realizado su primera invasion en el Imperio únicamente con grandes fuerzas de caballería, según la táctica de los cosacos y de los polacos, en cambio todo el país llano sufría doblemente los efectos de sus devastaciones. De suerte que el territorio del Imperio germánico habíase convertido

en campo de batalla donde el czar moscovita y el rey de Suecia debían sostener la lucha decisiva por la hegemonía en el Norte de Europa.

Ni el emperador ni el Imperio habían podido impedir que las cosas tomaran este sesgo y los esfuerzos de la diplomacia anglo-holandesa habían resultado vanos; pero tampoco Prusia había cumplido su mision de ser la guardadora de la frontera septentrional alemana. Al paso de los rusos y polacos por el territorio prusiano no había podido oponer el gobierno de Berlin sino la formalidad de una protesta ineficaz, pues que en la Marca solo disponia de un par de regimientos de caballería poco numerosos. ¿Y cómo se hubiera podido entonces llamar á las tropas prusianas que se encontraban en los Países Bajos? Seguíanse las negociaciones para la paz

en Utrecht; la cuestión relativa á la adquisición de Güeldres estaba candente y todas las probabilidades favorables afanosamente reunidas desaparecerían seguramente si en aquel momento crítico Prusia se separase de las potencias de la Gran Alianza y retirara sus grandes fuerzas militares que tanto debían pesar en las negociaciones definitivas para la solución de la crisis del Oeste de Europa.

Hasta el último momento permaneció el rey Federico I bajo la presión enervante de aquella situación ambigua entre dos sistemas políticos en lucha por las más trascendentales soluciones. Las fuerzas del Estado prusiano no eran todavía suficientes para arrostrar una guerra en dos lugares distintos como la que Austria había emprendido en uno de los momentos más solemnes de su historia y sostenido hasta agotar todos sus recursos. La primera dificultad con que se luchaba era el desastroso estado de la hacienda, consecuencia en primer término de un sistema rentístico y administrativo que no guardaba armonía con las necesidades crecientes de aquel Estado monárquico que se iba convirtiendo en gran potencia, pero resultado también, en parte, de un mal gobierno perturbador y dilapidador.

Federico I, después de haberse privado con la destitución de Eberhardo de Danckelmann, de su mejor consejero, no había mostrado muy buen acierto en la elección de sus hombres de confianza en lo relativo á la política. Las fuerzas más valiosas de que disponía en los más altos cargos de la corte y del Estado procedían en su mayor parte de los tiempos de su padre y de los de Danckelmann: tal sucedía, por ejemplo, con el ilustre personaje que se hallaba al frente de los Negocios extranjeros, Rudiger de Ilgen, con Pablo de Fuchs, con Joaquin Ernesto de Grumbkow y Ludolfo de Danckelmann en los asuntos militares, y con otros. Los nuevos hombres á quienes confió especialmente la dirección de los asuntos interiores del Estado se mostraron en su inmensa mayoría indignos de la confianza que en ellos depositara el soberano: entre ellos podemos citar al cortesano flexible á la par que ambicioso y codicioso conde Kolbe de Wartemberg, que durante diez años fué el favorito del rey, viéndose por este colmado de toda suerte de honores, cargos y regalos; al nuevo mayordomo mayor conde de Wittgenstein, á quien se confió, además de la administración de la cámara áulica, la dirección de todos los bienes nacionales; al conde de Wartensleben, á quien se puso al frente de la administración militar, enviándolo á buscar del extranjero donde servía y anteponiéndolo á otros pretendientes más dignos y más aptos que él para desempeñar tan elevado empleo. No estaba en el carácter de Federico I hacer lo que su gran padre había hecho, es decir, dominar los acontecimientos en su parte grandiosa y prescindir de las pequeñeces: en todas partes se notaba la falta de la inspección del príncipe, y por tanto cada día mostrábanse más desencadenadas las pasiones. El sistema de partidos cortesanos invadió todas las esferas de la vida política y administrativa, y de las contiendas que estas fracciones sostenían entre sí resultaba la inmovilidad, cuando no el retroceso. La antigua integridad de los funcionarios ya no existía, y lo peor era que daban los malos ejemplos los que más altos cargos desempeñaban. Las malversaciones, las riquezas ilícitamente adquiridas, la corrompida administración de la hacienda pública, es decir, los vicios antes de todo punto desconocidos, empezaron á manifestarse en las más altas y en las más bajas esferas. El país sentía el peso de una dura opresión: los muchos años de guerra hacían que cada vez se aumentaran las exigencias de la administración militar, y la peste que procedente de Polonia había asolado en 1709 el Este y el Oeste de Prusia, había extendido por la Pommerania y amenazaba invadir á Berlin. En suma, en

todas las provincias se notaban síntomas de retroceso y de ruina.

A esto se agregaban los gastos cada día más crecidos de la nueva casa real: todos los temores que los hombres prudentes y calculadores de la antigua escuela habían experimentado en otro tiempo acerca de lo costoso que debía de ser el sostenimiento de la dignidad real tan deseada, se realizaban. Federico I no se detenía ante ningún género de consideraciones cuando se trataba de la pompa régia ó del lujo de sus representantes, que rivalizaban con los de las cortes más ricas del mundo. Sus aficiones artísticas y su pasión por los edificios monumentales eran otros factores que contribuían á aquellos desastrosos resultados, y hasta lo más pequeño, lo más trivial llevaba impreso el sello de la prodiga magnificencia. En pocos años se duplicó el gasto de la corte; los sueldos del personal, excesivamente numerosos, consumían enormes cantidades y la falta de vigilancia y la mala contabilidad daban ocasión á ilícitas ganancias que á muchos aprovecharon (1). Esto no obstante, no debe formarse un juicio demasiado severo sobre este gobierno, al que quizás se ha difamado más de lo justo. La medida de la reacción, aunque violenta, beneficiosa en sus consecuencias, con que Federico Guillermo I dió nuevo rumbo á la nave del Estado, puede, como generalmente sucede, ser aplicada al tratar de emitir este juicio, pero no como única, pues hay que tener en cuenta que de los veinticinco años del reinado de Federico I solo durante seis hubo verdadera paz, y si bien la guerra no se hacía en el país, no por eso dejaba de influir de mil maneras en este y en el gobierno. La administración pública seguía, en lo esencial, la norma trazada por el Gran Elector; pero este sistema, que en realidad más que un sistema era una práctica más ó menos naturalmente desarrollada é impuesta por el transcurso del tiempo y la fuerza de las circunstancias, tenía multitud de deficiencias. El organismo de las distintas autoridades que se había ido formando á medida de las necesidades y entre continuos rozamientos con las antiguas instituciones nacionales, distaba mucho de ser perfecto: no todos los elementos que lo componían engranaban siempre con la debida precisión, y antes bien en algunos puntos las diversas piezas de la maquinaria, en vez de ayudarse y completarse unas á otras, rozaban entre sí y mutuamente dificultaban sus movimientos. El Gran Elector había sido personalmente el poderoso correctivo que evitaba los estorbos, mantenía el orden y la disciplina y se oponía á los manejos, intrigas y ambiciones de los funcionarios poco escrupulosos; pero Federico I no poseía aquella energía, aquel espíritu de dominación.

Sin embargo, es innegable que ni los años peores de la administración Wartemberg-Wittgenstein lograron conmovier los firmes cimientos echados por el Gran Elector ni hundir á la inmensa mayoría de los funcionarios en el fango de depravación en que habían caído, no todos, pero sí algunos de los que ocupaban los primeros puestos. De suerte que en conjunto conservábase puro el material transmitido á Federico Guillermo I.

Tampoco faltaron manifestaciones serias de actividad reformadora, no pudiendo negarse á aquel gobierno la gloria de haber sido el primero que, contrariando la política rural seguida hasta entonces por todos los príncipes brandeburgueses, intentó, aunque en vano, abolir así para los labrado-

(1) Droysen, tomo IV, pág. 355, consigna á título de curiosidad que en el año de la coronación régia la cuenta del repostero de palacio ascendió á 5.144 thalers imperiales y en 1708 subió á 17.054. Respecto de estos detalles se encuentran datos interesantes en los extractos de las cuentas de cámara y estados de pagas insertos en la obra de Forster, *Federico Guillermo I rey de Prusia*, tomo I, pág. 54.

res que cultivaban propiedades del Estado, como para los que cuidaban de tierras de particulares, la «servidumbre que en justicia no podía existir entre cristianos (1).» Coincidió esto con los notables proyectos que entonces se concibieron para modificar la administración de los dominios reales. Cristian Federico Luben de Wulffen, ex-funcionario de la cámara de la Marca electoral, expuso en 1700 al rey un plan por el cual se abolía el arrendamiento temporal (general-

mente por seis años) de aquellos dominios y en su lugar se dividían las grandes propiedades en pequeñas fincas rústicas que se convertían en enfiteusis. El principal objeto que con este plan se perseguía era el de elevar las rentas, y desde este punto de vista los cálculos de Luben ofrecían en perspectiva las más halagüeñas ventajas. Con el sistema de división en parcelas y de la cesión á título de enfiteusis, creábase un gran número de medios de subsistencia para los labradores;



El príncipe heredero Federico Guillermo de Prusia  
Facsimile reducido del grabado de Pedro de Gunst. Cuadro original de Arnaldo Boonen (1669-1729)

en aquellas pequeñas propiedades podían establecerse los verdaderos trabajadores agrícolas y aun podía esperarse atraer á aquel país valiosas fuerzas laborantes del extranjero que aceptarían las ventajas que tal sistema les ofrecía, siendo

consecuencia de todo ello un aumento de la población rural que era una de las cosas que más interesaban á la nación y al soberano. Luben iba aun más allá y de la realización de su plan esperaba la supresión general de la servidumbre (ó mejor dicho, del vasallaje hereditario), pues con la desaparición de los grandes distritos de propiedad señorial no serían necesarios los servicios de los labradores en provecho del señorío ó de los arrendatarios. De este modo la empresa prometía no solo satisfacer las crecientes necesidades pecunia-

(1) Knapp: *La liberación de los labradores y el origen de los trabajadores del campo en las antiguas regiones de Prusia* (Leipzig, 1887), tomo I, pág. 81, tomo II, pág. 3, y el artículo del mismo autor *La servidumbre en la Alemania oriental* (Anuario prusiano, tomo LXVII, página 233). Knapp demuestra que la servidumbre en el sentido de verdadera esclavitud (como en Rusia hasta 1861) solo muy aisladamente aparece en Alemania y por regla general debe entenderse la palabra, aun en los territorios prusianos, únicamente como «vasallaje hereditario.» «Verdadera servidumbre no la ha habido nunca en Prusia; la verdadera servidumbre no es sino el fantasma que vaga por las ruinas de la antigua Constitución del país.» Según esto, la opinión tradicional de los servi-

cios prestados por los cuatro primeros reyes prusianos á la causa de la «abolición de la servidumbre» debería en cierto modo modificarse, tanto más cuanto que, fuera de una medida adoptada por Federico el Grande, esos esfuerzos, inclusa la reforma de Federico Guillermo III y Stein, poco éxito tuvieron.